

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

# ABC DEMOCRACIA DESMESURADA

POR ÁLVARO DELGADO-GAL

«Mi impresión personal, tras leer *La civilización del espectáculo*, es que Vargas Llosa oscila entre el reconocimiento de este hecho, y el deseo de morirse antes de que la democracia alcance su gloria

**A**NTES de acometer esta Tercera, le he dado varias vueltas a *La civilización del espectáculo*, el valiente panfleto de Vargas Llosa. Escribo «panfleto», sin ánimo censorio alguno. Los panfletos no son tratados de filosofía: no quieren insertarse en el discurso académico, sino influir en los acontecimientos del día. *Las Reflexiones sobre la Revolución francesa*, de Burke, o *Ensayo sobre los privilegios, de Sieyès*, son panfletos. Y casi toda la obra de Ortega es panfletaria. El libro de Mario Vargas, todo hay que decirlo, está resuelto un poco aprisa, y en él se juntan demasiadas cosas: el arte, la literatura, la política, la religión, el erotismo, las nuevas tecnologías. Aun con todo, posee una cualidad preciosa, e infrecuente fuera de la literatura genuina: la del candor, ese lujo que solo pueden permitirse los que no tienen reparo en ir al grano. Recuerdo un maravilloso libro de viajes —*Sea and Sardinia*—, en que D. H. Lawrence afirmaba que en Europa no quedaban hombres, fuera de España y Cerdeña. No me cuesta imaginar la protesta de tres mil profesores, escandalizados por una opinión tan ligera y tan poco fundada. El caso, sin embargo, es que Lawrence dijo esto hacia 1925, y que, a diferencia de mis tres mil profesores imaginarios, había intuido que algo siniestro, terminal, se estaba abatiendo sobre su mundo. Localizaciones geográficas o motivos concretos a un lado, Lawrence llevaba razón. Sí, se había incubado algo monstruoso, que alcanzaría ímpetu durante años treinta y terminaría en la tragedia de la Segunda Guerra. Vargas Llosa está animado también por un sentimiento ominoso. Pero difiere de D. H. Lawrence en ser un perfecto caballero, y no chillar ni se descomponer. Ni, quizá, saca de sus premisas todo lo que éstas llevan dentro.

El leitmotiv de *La civilización del espectáculo* es la degradación de la alta cultura, que Vargas Llosa vincula a la identificación del valor con el precio. El fenómeno es consecuencia del mercado, y también de la democracia. Es consecuencia del mercado, por razones obvias: en el mercado, el precio de una cosa, fruto del juego de la oferta y la demanda, refleja el valor que la cosa en cuestión reviste para el consumidor. A fin de ver cómo interviene también la democracia, basta que se interprete el mercado como un referéndum diario en que cada ciudadano emite su voto por el procedimiento de gastarse los cuartos comprando lo que más le gusta. Von Mises expuso esto perfectamente, hace más de cincuenta años, en *La mentalidad anticapitalista*. Escribió allí: «Lo característico de una democracia capitalista de mercado es que la recompensa que sigue a un esfuerzo... depende en exclusiva de cómo entienda la gente que

se han satisfecho sus necesidades personales, deseos y propósitos. Los consumidores mandan —son soberanos—. Esto deja *off-side* a las élites culturales, un hecho que conturba profundamente a Mario Vargas. Lo propio de las élites culturales, en efecto, es decir qué es bueno, bello o interesante, no qué se va a vender como rosquillas.

**H**e citado a von Mises porque venía a cuento, y, también, porque existe un itinerario que parte de éste y termina en Vargas Llosa: von Mises fue maestro de Hayek, Hayek fue amigo de Popper, y Popper es el pensador al que quizá más respete y admira Vargas Llosa. Más contigüidades aún: a von Mises le espeluznaba la cultura popular (la de su tiempo, infinitamente superior a la de ahora). Detestó la novela policíaca, Hollywood, y el ascendiente que sobre la opinión habían llegado a detentar las estrellas del espectáculo. Sabina, Serrat o Javier Bardem le habrían sacado, literalmente, de quicio. Y es que, en ningún instante, alega von



CARBAJO&ROJO

Mises que valor y precio coincidan. Cuando un producto es difícil, bien porque es intrínsecamente difícil, bien porque se adelanta al gusto de su época, el sufragio del mercado suele ser negativo. Flaubert, el primer novelista de Francia en el XIX, ha sido siempre menos popular que Julio Verne, un hombre que reunió una fortuna hablando de globos aerostáticos y submarinos y no perdió el tiempo reelaborando fastidiosamente el francés para referir los adulterios de una chotacabras en la remota campiña normanda. En *Human Action*, von Mises dedica incluso un apartado específico al genio. El genio no es un agente económico; no trabaja por afán de lucro sino porque se encuentra envuelto en una vorágine divina que lo impulsa a intentar grandes cosas. Y el genio no es un adorno, no es el airón que ondea al viento sobre la testa ferrada de una sociedad. Al revés: el genio es el que hace que la sociedad sea memorable y progrese.

Este rasgo aristocrático —y también un poco snob— de von Mises se repite en otros liberales. Por ejem-

plo, en Schumpeter. Por ejemplo, en Hayek. Hayek, gran adversario de Keynes, admiró siempre al último porque había logrado hacerse rico jugando en bolsa. Constituía, para él, el epitome de lo que debe ser un intelectual independiente: un tipo al que la sobra de medios, adquiridos o heredados, pone a salvo de la tiranía de un protector... o de la masa consumista. Los austriacos, en fin, contrariamente a los neoliberales de ahora, ofrecieron, por lo menos, dos caras, de la que solo una estaba vuelta al mercado. El mercado era bueno; el mercado era una garantía contra el socialismo; pero el mercado no lo era todo, ni, acaso, la mitad de todo.

**C**abe reformular la ambivalencia de los austriacos recordando que la Gran Sociedad de Hayek —pariente de la Sociedad Abierta de Popper— solo funciona cuando el mercado se combina con otras cosas. Verbigracia, élites de calidad —en lo cultural y político—, cierta continuidad con la tradición, e *cosi via*. La caída de la cultura, que Vargas Llosa glosa con elocuencia, pero que no termina de explicar bien, podría ser una señal, no solo de que se han corrompido las editoriales, o los galeristas de arte, o los productores televisivos, y, con ellos, el público, sino, también, de que se han alterado los equilibrios que venían gobernando el metabolismo de las sociedades libres en tiempos pasados. En particular, el eclipse de las élites está probablemente relacionado con un hecho que también observó von Mises: y es que las sociedades democráticas son, en su ser, en su naturaleza íntima, enemigas del estatus. Entonces, mucho de lo que tenemos ahora, mucho de lo que a Mario Vargas se le antoja detestable, sería el efecto demorado, aunque a largo plazo irresistible, de la democracia. Sería lo que le pasa a la democracia cuando ésta llega a sazón, puesto que la democracia es, además del imperio de la ley, además de la consideración hacia el prójimo elevada a categoría política, además de la redención de muchos males pretéritos, una revolución. Y las revoluciones obedecen a una lógica que no resulta fácil detener.

Mi impresión personal, tras leer *La civilización del espectáculo*, es que Vargas Llosa oscila entre el reconocimiento de este hecho, una lealtad a la democracia que está por encima de este hecho, y el deseo de morirse antes de que la democracia alcance su gloria total. Las oscilaciones de Mario Vargas son las de un tipo inteligente, complejo, y renuente a apuntarse a una solución fácil. Solo lamento algunas concesiones a lo políticamente correcto que constelan el último tercio de la obra y que no están mal en sí mismas, pero no que ayudan en absoluto a comprender el estado de ansiedad, de crepuscular tristeza, en que se ha escrito este libro breve y genuinamente desesperado.

ÁLVARO DELGADO-GAL  
ESCRITOR

**F. FEIJOO ANTICUARIO | Compro Antigüedades ☎ 91 319 58 29 / Móvil: 629 319 700**